

DISCURSO

Pronunciado en la sesión inaugural de la segunda conferencia de Higiene, Bacteriología y Patología Sudamericana, por el Presidente de la Delegación Argentina, DR. ALOIS BACHMANN.

El Gobierno de la Nación Argentina me ha encomendado la grata pero difícil misión de traerles su cordial saludo y hacerlo extensivo a todas las repúblicas hermanas, que con motivo de este torneo científico, se encuentran aquí reunidas, gozando de la franca, amable y sincera hospitalidad de vosotros.

Difícil misión para el estudioso, que de un día para otro es arrancado del silencio de su retiro para lanzarlo al bullicio de la vida; pero vosotros los brasileños facilitáis grandemente nuestro cometido porque no se dá paso, no se visita una persona, ni una institución sin que el sentimiento patrio no se sienta tan halagado, tan complacido, tanto que uno duda no encontrarse en su propia tierra. Vosotros habeis realizado el gran milagro de mitigar, de palidecer las saudades de nuestro suelo.

Esa es la misión que les está encomendada a los intelectuales; debemos intensificar los sentimientos de simpatía, hermanar los ideales de nuestros países y encauzar la mentalidad de las poblaciones hacia una finalidad de mutuo acercamiento.

La evolución a que asistimos, provocada por el más espantoso cataclismo de que tenga recuerdo la humanidad y solo comparable con aquellos geológicos de la época pre-histórica, que dejaron marcado su paso por las modificaciones físicas y bioló-

gicas que imprimieron al rumbo de la tierra; ha de traer como estos en lo físico, profundas y trascendentales modificaciones en el orden moral y social del mundo. Este evoluciona lenta pero seguramente hacia un mayor beneficio de los más, hacia una mayor felicidad del conjunto, en detrimento de los menos, de los privilegiados de todo tiempo.

Se vislumbra ya la agonía del individualismo: el hombre individual desaparece ante las necesidades, ante las aspiraciones, los dolores, las alegrías del conjunto. Las ansias individuales serán ahogadas por las imperiosas necesidades colectivas, que destruirán sin tregua mi misericordia, todo lo que se oponga a su finalidad de beneficio general.

Si esta evolución hace necesaria la unión de los individuos, más necesaria parece la de las naciones, las que sacrificando intereses locales se amalgaman para una finalidad común. Felizmente las naciones de América, para constituir un consorcio grande, fuerte y respetado nada tienen que sacrificar; puede hacerse extensivo a continentes la frase de uno de nuestros grandes hombres públicos, de Sáenz Peña, quien al visitar el Brasil dijo: "nada nos separa, todo nos une".

En el Continente, orígenes, glorias, alegrías y dolores se encuentran confundidos en una franca hermandad; y solo es necesario intensificar esos recuerdos, revivir esos sentimientos, encauzarlos, para hacer efectivo en época no lejana la fraternal unión de todos estos pueblos.

El primer paso hacia la realización de este fin podría ser la publicación del "Tratado de patología americana", idea emitida por el profesor Ricaldone, en nombre de la delegación de la República del Uruguay, idea a la cual se adhiere en tesis general la delegación que tengo el honor de presidir. Propongo como lema de este libro, el que debe llegar a ser más adelante el de la unión de todos nuestros pueblos, el altivo del escudo del Uruguay: *Con Libertad ni temo ni ofendo*.

Los intelectuales debemos intensificar esos sentimientos has-

ta trasformarlos en una religión. Pero así como a los pensadores les basta una simple idea o imagen intelectual para mantener siempre vivos sus sentimientos, sus aspiraciones, sus ideales, no sucede lo mismo con las muchedumbres; ellas necesitan exteriorizar, objetivar en algo palpable y material su motivo de fervor.

No hay una sola religión, no hay una sola secta, no hay un solo amor, no hay un solo ideal o sentimiento místico, que para perdurar en el tiempo no haya tenido o tenga sus imágenes ante las cuales, las multitudes o los individuos, recurran las unas a exaltar su credo, los otros a revivirlo y todos a mantenerlo.

La confraternidad Chileno-Argentina, cada día más indestructible, quedó definitivamente sellada el día en que almas femeninas con la fina y penetrante intuición que las guía, elevó el monumento que la objetiva y exterioriza y ante el cual los habitantes de uno y otro pueblo pueden deshojar sus siemprevivas.

Ahí en la cumbre, teniendo solo el firmamento por encima y dominando desde lo alto ambas naciones, se hiergue la estatua del Cristo Redentor, del salvador de la Humanidad, extendiendo sus brazos hacia ambos países para confundirlos en un solo abrazo de paz y caridad.

Ahí en las cumbres, en el silencio de las cumbres, en medio de la pureza del ambiente, hasta el ateo siente conmoverse su ser y ante la imagen que sintetiza la paz, la humanidad, la caridad y el perdón, surge espontánea una plegaria para los hermanos del otro lado y un juramento de mantener incontinuable la paz de las dos naciones.

Ese ejemplo, debemos seguir los brasileños y los argentinos; debemos crear para nuestros pueblos, debemos crear para nuestras poblaciones un motivo de la exteriorización de nuestra confraternidad, para que tengan en las horas difíciles, que se presentan en la vida, cual los creyentes, una imagen que reverenciar, donde recoger nuevas fuerzas, donde refrescar y confortar el ideal de paz.

En el pasado hemos vivido pasajes comunes y realizado esfuerzos conjuntos. En época relativamente lejana, cuando la tiranía mantenía con yugo férreo sometido a nuestra patria, con sangre y dolor, desparramando sus hijos más preclaros por todos los países hermanos, vosotros acudisteis generosos para ayudarnos a poner fin a este estado de cosas.

Ahí en Caseros, derramando en común sangre brasileña y argentina, en holocausto de la libertad humana, ahí en Caseros hemos sellado con el sacrificio de nuestros hijos, nuestra amistad perdurable.

Regada y abonada con sangre de héroes y mártires, no hay idea que muera, no hay credo que no perdure.

Revivamos esos momentos, exterioricémoslo en un monumento que sirva a los pueblos para objetivar su unión, que sirva a las dos poblaciones para recurrir en peregrinación, con el fin de mantener siempre vivo el sentimiento de fraternal unión.

Un monumento de la lucha de Caseros, erigido en el límite de las dos naciones, junto a las Cataratas del Iguazú, al lado de este colosal monumento de la naturaleza, con él ahí cerca para recordar por su grandeza, la pequeñez de las pasiones y de las ambiciones humanas, para demostrarnos por su colosal potencia la pequeñez del esfuerzo de los hombres; y en medio del fragor del entre choque de los elementos, para con todo este conjunto reunido y con el recuerdo del pasado, hagan conmover al pasante, sacudiendo su carne, estremeciéndole su espíritu y de frente al porvenir, le hagan arrancar como allá en la cumbre, una plegaria para el pueblo hermano y un juramento de paz.
